

Biblioteca

225

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

181





PERDER FORTUNA Y PRIVANZA.

Drama original en tres actos, por DON JUAN DE LA ROSA, representado por primera vez en el teatro de Variedades el año de 1847.

PERSONAGES.

DIEGO, labriego y padre de ELISA.
NARCISO, criado de Diego.
LA MARQUESA, esposa de D. LUIS, noble.
D. CARLOS, *id.*
EL REY.
Un ugiar, embozados y cortesanos.

ACTO PRIMERO.

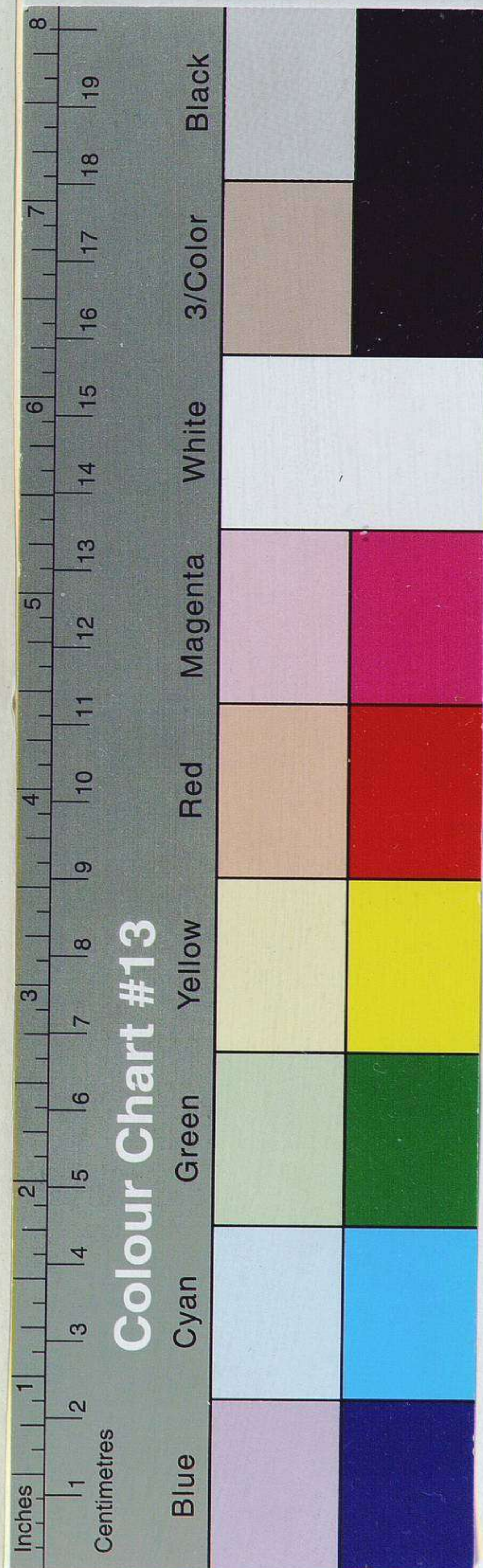
Casa rústica: una ventana á la izquierda. Puerta derecha; otra id. al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, ELISA, NARCISO.

DIE. (*con una carta.*) El aviso es muy urgente, y me es preciso partir.
ELI. Y vais, Señor, á salir siendo tan tarde?
DIE. Impaciente me encuentro ya por saber, si el caso que con urgencia reclama así mi presencia, me puede pertenecer. La carta está terminante, (*revisándola.*) dice, si mal no lo entiendo, que vaya al punto corriendo á esa quinta que distante se encuentra de aquí una legua. y añade, sin dilacion porque es crítica ocasion, y admite muy corta trégua. (*guardándola.*) Aunque ignoro, por mi fé

lo que motiva este aviso, marchar al punto es preciso, pero pronto volveré.
ELI. Yo no sé porque razon con marcha tan repentina, triste agüero baticina mi oprimido corazon. Ni sé porque al contemplar que vais muy pronto á volver, me siento desfallecer bajo este oculto penar.
DIE. Esos son sin duda antojos de tu cariño inocente.
ELI. El pesar que el alma siente bien le rebelan mis ojos. Funesto presentimiento al veros partir me acosa, y la noche tenebrosa aumenta mas mi tormento. Todo me causa pavora estando lejos de vos; no partais, señor, por Dios, pues temo una desventura.
DIE. Vano temor, hija mia, es el que siente tu pecho, quién con criminal despecho contra mi conspiraria? A nadie causamos daño: nuestra vida retirada de todo el mundo ignorada, está agena del engaño. Deja tu injusto temor y pueda antes de partir, verte alegre sonreir libre de todo dolor. No será mucho, mi vida, el tiempo que yo esté ausente, pues á volver prontamente tu cariño me convida.



En alejar tu cuidado
y dar paz á tu desvelo,
he puesto siempre mi anhelo.

ELI. Bien lo sé, padre adorado.

DIE. Y si alguna desventura,
angel bello, te acosára,
antes que á ti, me matára
la causa de tu amargura.
Torne pues á tu semblante
la dulce y feliz sonrisa,
y no te olvides, mi Elisa,
que volver debo al instante;
conque á Dios.

ELI. Padre, un momento:
dignaos darme los brazos,
y en tan cariñosos lazos
mitigaré el sentimiento.

DIE. (*abrazándola.*) ADios, Elisa.

ELI. El os guarde.

DIE. (*á Narciso.*) En tanto que yo esté ausente,
no abras á nadie la puerta;
cierra quedándote alerta,
y no hay que ser imprudente.
Aqui, en esta habitacion
podeis estar con sosiego;
con que cierra y hasta luego.

ELI. Llevaos mi bendicion.

ESCENA II.

ELISA, NARCISO.

ELI. No sé que oculto temor
me asalta desconocido
al ver marchar á mi padre.
Estos solitarios sitios
causan al alma pavora,
y del pecho los latidos
me anuncian algun pesar
para mi desconocido.

(*aproximándose á la ventana.*)

Que enlutada está la noche!

En confuso remolino
giran errantes las nubes,
sin que en el cielo perdido
se vea brillar un astro
que reberbere tranquilo
su luz apacible y pura
dando á mi pesar alivio.

Todo es tinieblas; el viento
parece que en sus sonidos,
lleva agorero y fatal
los ayes del pecho mio.

Me infunde pavor la noche.

(*cerrando y reparando en Narciso que se habrá ocupado en cerrar la puerta.*)

Has cerrado bien, Narciso?

NAR. No haya miedo que entre nadie;
podemos estar tranquilos;
no ha quedado ni un cerrojo
ni una aldaba, ni un pestillo
que no haya echado á la puerta:
se que el hombre prevenido
vale por dos, sino miente
un adagio muy antiguo,
y siempre que hay ocasion
me prevengo de lo lindo.

ELI. Tu prevision me complace.

NAR. Hay, señorita, motivos
que me obligan á tenerla,

y que me los sé yo mismo.

ELI. Ya comprendo: el miedo acaso.

NAR. Cabal, el miedo: preciso
es que tengais gran talento
para haberlo conocido.

ELI. Hace tiempo que lo sé:
cuando estás solo, te he visto
temblar como un azogado:
tu rostro descolorido
de ordinario, se tornaba
con el terror amarillo,
y yo al verte asi espantado,
sin comprender el motivo
de tu pavor, me reia
como si fuera de un niño.

Conque... ¿sueles tener miedo?

NAR. Cuando estoy solo, un poquito.

ELI. Y de qué es ese terror?

NAR. Os lo diré: cuando chico
me contaron unos cuentos
en que andaban los vestiglos,
duendes, brujas, y sirenas
y otros fantasmas malditos:
desde entonces, señorita,
al sentir el menor ruido...

(*mirando asustado á la ventana.*)

pero no habeis escuchado?
Parece que se ha movido.

(*señalando á la ventana.*)

ELI. No te asustes; es el viento
que borrascoso, intranquilo
viene á azotar la ventana.

NAR. No escuchasteis? Un silbido
cual de irritada serpiente
acaban de dar.

ELI. (*con terror.*) Narciso!!

NAR. Señorita, tengo miedo.

ELI. Tambien falta al pecho mio
el valor que hace un instante
invoqué para mi auxilio.

NAR. ¡Ay señorita! que noche
vamos á pasar!

ELI. ¡Dios mio!

Ve que estás atormentando
con ese terror, Narciso,
mi angustiado corazon:
ve que en un hombre es mal visto
al lado de una muger
mostrarse tan aflijido.

NAR. Si, teneis mucha razon,
ya no me pondré amarillo
ni temblaré, ni... ¡Jesus! (*sobresaltado.*)
me figuré haber oido...

aprension; pura aprension.

Vamos, desde ahora es preciso
lanzar el miedo á la cueva
lo menos de San Patricio.

Y ahora que se habla de cuevas,
sabeis que por estos riscos
debe haber muchas muy hondas,
capaces en su recinto
de dar cabida á mil brujas,
que alli tendrán mil concilios,
para inventar mil maneras
de hacer miedo á mil chiquillos?

Caramba y cual bailarán
en confuso remolino:
que saltos, y que corbetas,
que piropos, y que guiños,

que risas, que carcajadas,
que roncadas voces, que gritos,
que espectáculo infernal!

ELI. Que sarta de desatinos.
Vas á llamar el valor
en tu socorro, Narciso,
y te dejas arrastrar
de tus medrosos delirios,
y para aumentar tu miedo
estas siempre con lo mismo.

NAR. Señorita, dispensadme:
sueña con pan el mendigo,
sueña el ciego con la luz,
sueña con saltos el mico,
sueña el galgo con la caza,
sueña la liebre con brincos:
y yo, qué quereis que sueñe?
Yo que soy el miedo mismo,
que aunque pobre, tengo pan,
que aunque de razon perdido,
contemplo la luz del sol,
que aunque salto no soy mico,
que aunque corro no soy galgo,
que aunque no soy liebre brinco,
ni sueño con pan, ni luz,
ni con saltos repetidos,
y si con negros fantasmas
que me vienen á hacer guiños
y á manosearme la cara,
y á romperme los vestidos,
y á mancharme los zapatos,
y á limpiarme los bolsillos,
y á llevarme á sus regiones
entre algazara y chillidos;
y á magullarme los huesos,
haciendo que sude el quilo
y que trabaje soñando,
y que despierte molido,
y como vos decis bien,
que piense siempre en lo mismo.

ELI. Es tu miedo tan enorme,
que puesto al lado del mio,
le hace parecer valor:
confieso que nunca he visto
un cobarde como tú.

NAR. No es culpa mia si me hizo
en sus destinos el cielo
asaz tan asustadizo,
que cuando veo un raton
me parece un cocodrilo.

ELI. Y si te dejáran solo
en este aposento mismo,
qué harías entonces?

NAR. Temblar
lo mismo que un paralítico,
y ponerme en el instante
de pavor descolorido:
sentir en mi un hormigueo,
y despues sudar de frio,
y en seguida un patatús,
y en seguida, como un mirlo
quedarme tieso, y morirme.
¡Ampáreme Jesucristo!
Sereis capáz de dejarme?
Por piedad os lo suplico,
no os ausenteis de mi lado.

ELI. Tal es tu miedo, Narciso,
que me va dando valor:
conque es decir que he venido,

cambiándose los papeles,
á ser tu guardian? qué miro!
ó yo no te veo bien,
ó estás temblando.

NAR. (*queriendo reir.*) Es de frio.
Hace un viento insoportable. (*con terror.*)
Señorita: no habeis visto
alli en frente, en un rincon,
dos ojos de basilisco?

ELI. Serán los ojos del gato.

NAR. Teneis razon, ya respiro.

ELI. Pero aun tiembblas.

NAR. (*queriendo reir.*) No hagais caso:
como siempre, el temblorcillo
que me dá cuando estoy solo.

ELI. Pero ahora estoy yo contigo.

NAR. Es verdad que buena sois:
valeis un imperio chino;
¡oh! bien dice vuestro padre
que sois diamante escondido,
que apenas le dé la luz
eclipsará con su brillo.
Siempre amable y bondadosa: (*sobresaltado.*)
señorita: habeis sentido?
Escuchad, no es aprension;
por esta vez, he podido
percibir como pisadas
y una especie asi, de ruido.
Estad atenta.

ELI. En efecto;
como á ti me ha parecido
escuchar de cerca pasos.

NAR. Yo de miedo estoy transido;
tiemblo cual hoja en el arbol,
voy á quedar paralítico.
Si tubiera cascabeles
no armaria mal sonido.
(*suenan golpes á la puerta.*)
Lo escuchasteis? Ahi estan:
serán diablos ó vestiglos,
fantasmas, brujas, enanos
que recorriendo estos sitios,
aporrean nuestra puerta.

ELI. Préstame amparo ¡Dios mio!
(*se repiten los golpes.*)

NAR. Por la señal de la cruz,
y el dulce nombre de Cristo.
Si los que llaman son diablos,
yo, pecador, me santiguo.

UNA VOZ. (*desde fuera.*) Abrid, voto á mil demonios
que nos helamos de frio.

NAR. Y quiénes sois?

VOZ. Caminantes
que hemos la senda perdido,
y andamos toda la noche
para encontrar un asilo.

NAR. Pues sentimos en el alma
el no poder admitiros
por esta noche: andad mas
y encontrareis un camino,
ireis derechos por él
hasta trasponer un risco,
en donde sale un sendero
que conduce derechito,
tomando á la mano izquierda
de un arroyuelo vecino,
á una posada que está
á espaldas de un montecito,
en la cual se dá hospedage

á todos los peregrinos.
 Voz. Si al instante no nos abres,
 estamos ya decididos
 á entrarnos por la ventana,
 y hasta desollarte vivo
 no parar.

NAR. Serán capaces
 de hacerlo esos foragidos
 cual lo dicen: señorita,
 sin remision voy á abrirlos:
 entrad vos en vuestro cuarto
 en tanto que entretenidos
 los tengo yo en esta estancia.

ELI. Donde te hallas, padre mio,
 que no vienes á ampararnos
 con tu presencia! Narciso,
 ábreles al fin la puerta,
 y ofreceles un asilo
 en esta estancia: ¡Dios santo!
 tu velas por mi destino.

(se entra en su habitacion. Vuelven á sonar golpes
 con mas fuerza.)

NAR. Ya voy, señores, ya voy.
 Jesus! y que torbellino
 de golpes y de porrazos:
 lo que es estos peregrinos,
 dan inequívocas pruebas
 de que saben ser contritos.

ESCENA III.

NARCISO, D. LUIS, tres embozados.

LUIS. (entrando.) Ya era tiempo.

NAR. Que franqueza.

LUIS. Paréceme que el criado
 abrigaba el negro intento
 de hacernos dormir al raso,
 segun lo torpe y remiso
 que para abrir se ha mostrado.

NAR. Es que tenia...

LUIS. Silencio,
 sino quiere que le hagamos
 bailar colgado de un pino
 de esos que se hallan cercanos.

NAR. Señor, vuersarcé repare...

LUIS. Silencio he dicho.

NAR. Ya callo.

LUIS. (á los otros.) La carta surtió su efecto;
 á estas horas está andando
 para la citada quinta
 el simple y crédulo amo
 de este aislado caserío.

(mira á Narciso, el cual hace un gesto de terror.)

Aun tardará largo rato
 en volver; ahora nosotros
 otro ardid nuevo inventando,
 sacamos á la muchacha.

NAR. (ap.) Sin duda tratan los cuatro
 de la muerte que han de darme;
 ya me está escarabajando
 el cordel en la garganta.

LUIS. Y qué os parece que hagamos,
 á fin de engañar mejor
 á este mandria de criado?

EMBOZADO. (que será despues D. Carlos.)

Yo opino por alegrarle,
 para lo cual preparado
 traigo un jerez, cuyo humillo
 es capaz de trastornarlo.

LUIS. Que me place la ocurrencia.
 Sentémonos todos cuatro
 de esta mesa en derredor,
 y á ponerlo en planta vamos.

(se sientan colocando sobre la mesa dos botellas.)

LUIS. Muchacho, acércate aqui;
 parece que estás temblando.

NAR. Quiá, no señor: es de frio:
 estoy algo constipado.
 (Como me mira.)

LUIS. Tu nombre?

NAR. Narciso, señor, me llamo.

LUIS. Y cuál es tu profesion?

NAR. Traer y llevar recados,
 echar trigo á las gallinas,
 cebar con nueces los pavos,
 barrer las habitaciones,
 menos los dias del año
 en que hay fiestas que guardar,
 como dice el calendario,
 en los que no hago otra cosa
 que holgar y ponerme majo.

LUIS. Y vives aqui tan solo?

NAR. Solo decis? (Que apostamos
 á que quiere sobornarme?
 Si, pues trabajo le mando.)
 Conque vos, me preguntais
 que si vivo solo?

LUIS. Es claro,
 eso mismo te pregunto.

NAR. Pues señor; segun y cuando,
 y como se entienda el solo:
 si es hallarse uno encerrado
 asi entre cuatro paredes,
 sin que nadie le hable, es claro
 que yo no debo estar solo
 pues que me acompañan cuatro.

Y finalmente, yo solo
 no puedo hallarme, por cuanto
 siempre al misero mortal
 le acompañan sus pecados.

No es mas lo que se os ofrece?

LUIS. Con tan insulso relato
 piensas que vas á evadirte
 de lo que te he preguntado?
 Quién mas vive en esta casa?

NAR. Pues señor, segun y cuando
 y que llameis al vivir.

(Ya me voy viendo apurado,
 si sigue así, no hay remedio
 todo voy á declararlo.)

Conque decis que si vivo...

(don Luis levantándose y dándole una palmada en
 el hombro.)

LUIS. Si, eso mismo, truanazo.
 Y no hay mas habitaciones
 que esta que estamos mirando
 en lo demas de la casa?

NAR. Es tambien segun y cuando
 y como quiera entenderse.
 Para la verdad del caso,
 si señor y no señor.
 (El círculo vá estrechando
 con preguntas, y muy pronto
 voy á declarar.)

LUIS. Sepamos;
 te gusta el vino?

(seña negativa de Narciso.)

Bribon:

vaya si te gusta, y tanto.

NAR. (*esforzándose.*) Si, si señor que me gusta: bebo como un dromedario.

(Esto toma rumbo nuevo, sigamos tiempo ganando.)

LUIS. (*á un embozado.*) Escancia vino y que beba. Acércate; ahí vá ese vaso: (*á Narciso.*) brinda por nuestra salud, y hasta habértele apurado, no le quites de la boca.

NAR. Señor, á lo que reparo, vuesarcé quiere ponerme como un tonel del Dios Baco. Repare que...

LUIS. Ya lo he dicho: ó te le apuras de un trago, ó voy á tener el gusto de mandarte ahorcar.

NAR. Canario! y que vivo sois de genio. (*en actitud de beber.*) Brindo porque todos cuatro esteis... (*Bajo de una losa.*) llenos de salud.

LUIS. (*y los otros.*) Bien, bravo!

NAR. Huy qué fuerte es; si parece que el gznate me ha llevado; escuece como rescoldo.

LUIS. Por Dios que te vas portando: verás como ese licor te presta desembarazo. Ea, deja de hacer guiños y échate al cuerpo otro vaso. (*alargándosele.*)

NAR. Venga, que quiero apurarle sin andar titubeando á ver si me dá valor.

LUIS. Qué tal, te vas animando?

NAR. Un poquito, si señor. Qué alegría me ha prestado el mostillo! Es un portentoso! Como que ya estoy sudando de calor, y ya no tiemblo, ni me acuerdo de los diablos, ni de duendes, ni de brujas, ni de fantasmas ni enanos.

LUIS. El Jerez surte su efecto. (*á los otros.*) Te atreves con otro vaso? (*á Narciso.*)

NAR. Qué decis! que si me atrevo? Venga, que quiero apurarle, brindando tercera vez por la salud de los cuatro.

(*don Luis le alarga otro vaso y Narciso bebe titubeando.*)

LUIS. Si sigues asi, muy pronto un bebedor veterano vas á ser, que en competencia venzas al mas afamado.

NAR. Me brillan mucho los ojos? Porque me agrada esto tanto, que estoy mas fuerte, robusto; y estaré muy colorado. Me parece que he crecido.

(*risas de don Luis y Narciso.*)

Y qué alegrillos que estamos!

LUIS. Alzad, que ya es ocasion. (*á los otros.*)

NAR. Dónde vais, voto á mil santos! El que se mueva es perdido.

LUIS. Respóndeme, mamarracho: (*cojiéndole.*) dónde se halla tu señora?

NAR. No me apreteis tanto el brazo

y lo sabreis.

LUIS. Habla pronto.

NAR. Escondida en ese cuarto; pero chito, no hay que entrar porque entonces la asustamos y no quiere recibir visitas.

LUIS. Qué haceis parados? (*á los embozados.*) (*se dirijen á la puerta por donde entró Elisa.*)

NAR. Os digo que no hay que entrar; (*forcejeando.*) soltad, que voy á estorbarlos.

UN EMBOZADO. Está cerrada la puerta.

LUIS. Pues echadla con mil diablos á rodar.

EL MISMO EMBOZADO. Cedió por fin.

NAR. Traicion, me habeis engañado.

LUIS. O callas ó te sepulto.

NAR. Me pareceis un malvado; teneis una cara atroz, soltad.

LUIS. Silencio, bellaco.

ESCENA IV.

Los tres EMBOZADOS, ELISA, DON LUIS, NARCISO.

ELI. Compadeceos, señores; no añadais un nuevo ultraje profanando el hospedage como fieros salteadores. Ved, aunque oirlo no os cuadre, lo que el pundonor exija, que al deshorrar á la hija vais á asesinar al padre. Y vos, que segun parece (*á don Luis.*) dirijis esta jornada, si esta gente desarmada como á gefe os obedece; si aun teneis un sentimiento de bondad y de hidalguia, doleos de mi agonía, no profaneis mi aposento. Ved que hay en el cielo un Dios que pide del crimen cuenta, y de esta ominosa afrenta teneis que responder vos.

LUIS. Astro que en el cielo oscuro de mi ventura apareces, flor encantada que creces en un parage inseguro. Mariposa, cuyas alas necesitan mas espacio, ven á morar un palacio; allí tendrás ricas galas. No con loca insensatez hollaré tu donosura, tu harás siempre mi ventura hasta en la helada vejez. Girasol de tu belleza, si es adorarte mi sino, quiero cambiar tu destino, quiero darte mas grandeza. Y si es cierto que hay un Dios que pide del crimen cuenta, para evitarme esta afrenta amémonos, pues, los dos.

ELI. No, jamás, mal caballero, podrá amar mi corazon á quien mi pobre mansion asalta cual bandolero. Pretendeis dar mas espacio

á la fugaz mariposa,
y con intencion odiosa
la ofreceis vuestro palacio?
Sin duda no comprendisteis
al hacerme tal oferta,
que antes me veriais muerta
que deshonrada; lo oísteis?
Y que si de esta mansion
me sacais con furia loca,
siempre espresará mi boca
el odio del corazon.

LUIS. Oh! yo sabré apaciguar,
en fuerza de tanto amor,
ese terrible rencor
que en tí llegué á despertar.
Esclavo de tus deseos,
tu desden calmando impio,
pondré á tus plantas, bien mio,
mis grandezas por trofeos.
Perla que el mar en su centro
con avaricia escondió,
tu brillo me deslumbró,
feliz yo que al fin te encuentro.
Diera por tu gentileza,
pues tu hermosura me abona,
si fuera Rey, mi corona,
siendo noble, mi grandeza.
Ven, pues, ven, angel de amor,
cándido y fragante lirio,
las nieblas de mi martirio
disipa con tu color.
Con loco delirio, ciego,
tras los placeres volé,
hasta que al fin te miré
y ardió en mi de amor el fuego.
Fuego que para medrar
tiene al corazon por pira,
pero que al ver quien le inspira
alza al respeto un altar.
Y fuego que necesita
para alimentar su llama
la presencia de á quien ama.

CAR. (*embozado.*) Pesado por Cristo andais,
démonos prisa á salir,
porque el otro vá á venir
y todo á perder lo echais.

LUIS. Teneis razon: poseido
con mi pasion, no advertí
que me he detenido aqui
tal vez mas de lo debido.
Confieso que mi sosiego
empieza á desaparecer,
bien pudiera acontecer
la venida del labrigo,
y entonces... Sin dilacion
seguidme.

(*haciendo señas á los cuatro que se apoderan de
Elisa.*)

ELI. ¡Crimen impio!

ESCENA V.

Los mismos, DIEGO.

DIE. Qué ocurre aqui?

ELI. Padre mio,
amparadme.

LUIS. ¡Maldicion!
Su padre aqui, en este instante
que iba mi dicha á tocar!

NAR. (*Buena zambra se vá á armar!
Es mejor no estar delante.*) (*se retira.*)

DIE. Qué motivá tu quebranto? (*pausa.*)

Esta gente estraña aqui...
mi ausencia... la carta... Ah, si,
ahora comprendo tu llanto.

ELI. Padre mio!

DIE. De mis brazos
no te podrán arrancar;
si nos quieren separar
primero me harán pedazos.

LUIS. Perdido está nuestro intento. (*á los suyos.*)
Si os falta resolucion
desterrad la compasion;
no hay que perder un momento.

DIE. Si en derramar te recreas
en este paternal seno,
de la desgracia el veneno,
por siempre maldito seas.
Quién eres, aspid traidor,
que amargando mi destino,
por ignorado camino
vienes á infamar mi honor?
Quién eres? Háblame, di,
cuál es la oculta venganza
que tan terrible te lanza
para asesinar me asi?
Quieres apagar la estrella
que alumbrá mi ancianidad,
y en siniestra oscuridad
dejarme, y huir con ella?
Quieres mirarme en el mundo,
errante, solo y perdido,
en la desgracia sumido
presa de un dolor profundo?
Pues antes, raptor villano,
sabe, si no lo alcanzaste,
que del crimen que fraguaste
te vá á castigar mi mano.

(*se lanza á herirle arrebatándole su puñal, y al
mismo tiempo los embozados se apoderan de él.*)

UN EMBOZADO. Estás en nuestro poder.

LUIS. Su furia me ha sorprendido,
me he visto comprometido;
por Dios! sabe acometer.
Mi justa saña allanera
perdona tu atrevimiento,
erraste el golpe, tu intento
salió vano, fué quimera.

(*haciendo señas á los suyos que se disponen á llevarse
á Elisa.*)

Adios; tus pasos deten
si en algo aprecias la vida.

(*presentándole una pistola.*)

ELI. ¡Padre mio! (*al salir.*)

DIE. ¡Hija querida!

LUIS. Viejo, que te vaya bien.

ESCENA VI.

DIEGO.

¡Infames! venid acá
y no tal crimen elija
vuestra impiedad; dadme á mi hija...
En vano, no me oyen ya;
horrible profanacion
que está pidiendo venganza;
¡ah! porque el Señor no lanza
sobre ellos su execracion?

Por qué al robarme el sosiego
con proceder tan impio,
no vino un rayo! Dios mio!
á anonadarle en su fuego?
Si lo que en mi furia digo
alcanza hasta ti, Señor,
para el villano raptor
envia un justo castigo.

ESCENA VII.

DIEGO, el REY acompañado de sus nobles.

UN EMBOZADO. Por esta noche os servirá de asilo
esta estancia que hallamos retirada.

DIE. Quién sois? á qué venis, gente taimada?
qué es lo que aquí buskais?

REY. En vuestro estilo
de razonar, y gesto demudado,
una desgracia traslucir se deja:
tranquilidad, buen hombre.

DIE. De mi queja
os venis á burlar? Sois un malvado.

REY. Vive Dios, que esa injuria solamente
te pudiera costar, viejo, la vida.

DIE. Y qué importa el vivir cuando perdida
vemos la luz que iluminó la mente?

REY. Loco estás?

DIE. Ah! Señor! loco de afrenta,
loco de deshonor: era mi orgullo!
Lozana flor que abriendo su capullo
la secó con su soplo la tormenta.
Conque el atroz y negro sentimiento
que me abrumba ignorais? De mi desdoro
la causa no sabeis?

REY. Todo lo ignoro.
(Me inspira compasion.)

DIE. Oidme atento.
En esta estancia pobre y retirada,
lejos del mundo y su esplendor y gloria,
absorto el pensamiento y la memoria
pasaba mi vejez afortunada.
Ninguna pesadumbre ni amargura
llegó á turbar de mi ventura el cielo.
Padre feliz, cifraba yo mi anhelo
en una niña, cual la Virgen pura;
vivo trasunto de una esposa bella
que perdí en mi dolor, era mi encanto,
única prenda que enjugó mi llanto,
siendo de mi vejez brillante estrella.
Pues bien, señor, sabedlo; me han quitado
esa esperanza que me dió el destino:
han sembrado de abrojos mi camino,
y en mi yerta vejez me han deshonrado.
Os causa indignacion la afrenta mia;
pide sangre, no es cierto?

REY. Es horrorosa,
criminal impiedad.

DIE. Si, tan odiosa
que la vida del vil no bastaria
á lavarla tal vez.

REY. Y no ha quedado
una señal que descubriremos pueda
quién es ese traidor?

DIE. Tan solo queda
este puñal que le arranqué al malvado.

REY. Y él es tu salvacion. (reconociéndole.)

DIE. De mi venganza
á Dios le pido que instrumento sea.

REY. Lo será, lo será.

DIE. Para que crea
en esa que me dais dulce esperanza,
decidme al menos quién sois vos.

REY. Quien ira
al contemplar tan afrentoso ultraje
siente en su pecho arder, aunque el corage
nunca su imperio y magestad respira.
El que satisfaccion dando á tu saña
el rigor templará de tu destino:
angel de salvacion que en tu camino
hoy encuentras.

DIE. Quién sois?

REY. El Rey de España.

DIE. Justicia!!! (cayendo ante él.)

REY. La tendrás: en mi nobleza
se oculta el vil que empaña sus blasones.

DIE. Conque es noble el raptor? Tales acciones
revelan una raza de impureza.
Perdon, señor, perdon: me la han robado,
yo la idolatro con delirio ciego:
oh! que hizo á vuestros nobles el labriego
que asi su corazon han traspasado?

REY. Calla, calla.

DIE. Señor, venganza quiero;
tomad en cambio si gustais mi vida.
De qué me ha de servir si escarnecida
en mi triste vejez la considero?

REY. No, anciano, no: la suerte que propicia
en tu mismo camino me ha lanzado,
de la negra deshonor te ha librado;
tu injuria atroz, pidiendo está justicia.
La magestad augusta de mi trono
en tu altivo furor, necio, ultrajaste,
y en tu dolor de padre, no juzgaste
que hablabas á tu Rey; yo te perdono.
Da pues á tu dolor algun espacio,
y préstame en tu casa un hospedaje.

DIE. Señor!!!

REY. Venganza encontrará tu ultraje.
(á los suyos.)

Apenas brille el sol, á mi palacio.

ACTO SEGUNDO.

Antesala de palacio: á la izquierda del espectador, y
en último término una puerta secreta: dos laterales pú-
blicas á la derecha, y arcos al fondo.

ESCENA PRIMERA.

Al correrse el telon se ven varios cortesanos unos
paseándose y otros que entran.

CORT. 1.º Parece que se halla el rey
hace dias enfadado
con su corte.

CORT. 2.º Eso consiste
en que le gusta ser algo
popular: querrá sin duda
hacerse un rey ciudadano,
en cuyo caso es preciso
alzar la plebe...

CORT. 1.º Es claro,
y por eso está con ella
tan complaciente.

CORT. 2.º Sobrado;
como que hasta los labriegos
se hospedan en su palacio.

CORT. 1.º No dejan de ser caprichos.
 CORT. 2.º Pero caprichos bien raros:
 caprichos que son en mengua
 de nuestro blason preclaro,
 y no debemos sufrir
 por mas tiempo; causa escándalo
 ver pasear los salones
 á esos plebeyos menguados,
 y todo, por qué, Señores,
 por parecer mas humano,
 mas imparcial y mas justo:
 aunque para efectuarlo
 esté de nuestros blasones
 el limpio esplendor ajando.

CORT. 1.º Acaso mientras nosotros
 humildes aqui esperamos
 que nos de audiencia, él tranquilo
 está con ese menguado
 de labriego, que ha venido
 cual maldicion á palacio,
 causando con su presencia
 á la nobleza mas daño,
 que pudiera ocasionarla
 un cañon de á veinte y cuatro.

CORT. 2.º Y sabeis qué significa...
 CORT. 1.º Qué sé yo; solo por alto
 he llegado á comprender
 que á ese pobrete villano
 le robaron una hija.

CORT. 2.º Y qué pretende el menguado?
 CORT. 1.º Pretende hallar el raptor
 entre la nobleza.

CORT. 2.º Bravo;
 entonces ya puede estar
 el inocente aguardando
 largo tiempo, si es que espera
 hallarla otra vez... Y acaso
 se sabe quién...

CORT. 1.º Se presume,
 aunque hasta aqui no podemos
 adivinar la verdad.

CORT. 2.º Sea quien fuere, no me canso
 en averiguar quien sea
 el raptor afortunado;
 mas si como juzgo es noble,
 debemos patrocinarlo;
 todas las acusaciones
 con firmeza rechazando,
 porque ahora, mas que nunca,
 de la union necesitamos.

CORT. 1.º Que un lobo á otro no se muerde
 estamos acreditando
 en este instante.

CORT. 2.º Es muy justo;
 y sabeis lo que reparo?
 Que están hoy mas concurridos
 los salones de palacio
 que otros dias.

CORT. 1.º Con efecto;
 como á vos me va causando
 estrañeza el ver aqui
 juntos tantos cortesanos.
 Pero qué algazara es esa?
 Cual ríen: qué alborotados...
 veamos con que motivo...

CORT. 2.º El motivo está bien claro:
 tienen en medio un labriego
 de un gran corro que han formado,
 y haciéndole están objeto

de sus picantes sarcasmos.
 (entra Narciso, rodeado de varios cortesanos entre
 los que viene don Carlos.)

ESCENA II.

Dichos, D. CARLOS, NARCISO, varios cortesanos.

CORT. 1.º Que aturdido está el pobrete;
 quiere salir y es en vano;
 por todas partes le cercan,
 le hacen correr un bromazo.
 (Narciso abriéndose paso entre los cortesanos que
 le siguen.)

NAR. Esta es la danza de Cobos:
 me encuentro muerto de afán
 lo mismo que se halla un cán
 metido entre veinte lobos;
 ni sé lo que hacer me toca
 con aquestos cortesanos,
 si tener quietas las manos
 ó tener muda la boca,
 se rien de mi agonía,
 mas ya que están bien dispuestos,
 yo les haré cuatro gestos
 y diré «esta boca es mia.»
 (cuando los nobles quieren rodearle segunda vez en-
 tra Diego.)

ESCENA III.

Los mismos, DIEGO.

DIE. Ea, señores. atrás,
 no le atormenten así:
 bastante ha sufrido allí,
 no le hagais ya sufrir mas.

CORT. 1.º Se nos revela el villano?
 DIE. Se revela, si señores,
 pues le están dando sudores
 ver á tanto cortesano.

CAR. Tenga esa lengua.
 DIE. No quiero.

CAR. Y descubra esa cabeza,
 porque está ante la nobleza.

CORT. 2.º Obedezca el majadero.
 DIE. Si aqui se me respetára
 yo mismo me descubriera,
 y muy sumiso estuviera
 sin que nadie lo mandára.
 Que no entre cuatro terrones
 he sido siempre criado,
 y allá en mi pais, me han dado
 de respeto unas lecciones.

CAR. Serán lecciones á fé
 muy dignas de imitacion.

DIE. Las sabreis en conclusion
 pues yo mismo os las diré.
 En mi pais es costumbre,
 y perdone la nobleza,
 respetar á la pobreza
 sin causarla pesadumbre.
 No se mofa nadie allí
 de las desgracias ajenas,
 ni se escarnecen las penas
 como está pasando aqui.
 Allí las lágrimas son
 un bálsamo de consuelo,
 que si aqui sufre el desvelo
 allí encuentra compasion.
 Y aunque costumbre villana,

tiene si empre el desgraciado
 en cada casa un sagrado,
 y ese jamás se profana.
 Si humilde es allí la gente,
 aun puede con bizzarria
 mostrar á la luz del dia
 limpia de manchas su frente.
 Que aunque la empañe el sudor
 que su trabajo ocasiona,
 á quien de honrado blasona
 esto le dá mucho honor.
 Allí con ruda franqueza
 los hombres se dan las manos:
 es cierto que son villanos,
 pero no abrigan vileza.
 Allí la conversacion
 es en sencillo language,
 y no envuelve ese brebaje
 que llaman adulacion.
 Allí el mal humor se calma
 de los palacios en mengua,
 diciendo siempre la lengua
 aquello que siente el alma.
 Allí rien de placer
 sin negra sombra de engaño;
 aqui la risa hace daño
 y le hace uno estremecer.
 Allí se vengán agravios
 diciendo lo que se siente,
 aqui no, que aqui se miente
 con el alma, y con los labios.
 Aqui es virtud la ficcion,
 hay bajeza en el pensar.

(los cortesanos le miran irritados.)

NAR. No se deben enfadar
 que habló como un Salomón,
 y les dijo unas verdades
 que encierran pocos arcanos,
 no hay como los cortesanos
 para esto de hacer maldades.
 CAR. Insolente es el labriego:
 mucho el esplendor amengua
 de la nobleza, y su lengua
 tiene demasiado fuego.
 Y con qué objeto ha venido
 á la corte el buen villano?
 DIE. Me trae aqui un cortesano
 que se transformó en bandido.
 CAR. Reparad bien lo que hablais,
 que pudiera estaros caro.
 DIE. Lo que me digo reparo.
 CAR. Largo en contestar andais.
 DIE. Me han herido en el honor.
 CAR. Y quereis lavar la mancha...
 DIE. Tomándome la rebancha
 en tanto que hallo al traidor.
 CAR. Y en dónde juzgais hallarle?
 DIE. Os he dicho que en la corte.
 CAR. Y pensais con vuestro porte...
 DIE. Dónde le vea matarle.
 CAR. Acaso os protege el rey?
 DIE. Me protege la razon.
 CAR. Firme es vuestra decision.
 DIE. Porque me escuda la ley.
 CAR. Y nada habrá que la tuerza?
 DIE. No es facil segun se inclina.
 CAR. A mucho se determina.
 DIE. Cuento con justicia y fuerza.
 CAR. La causa de su coraje

será sin duda muy santa?
 DIE. El recordarla me espanta!
 CAR. Tan terrible es el ultraje?
 DIE. Es digno de la doblez
 y perfidia cortesana:
 es un crimen que se hermana
 con su loca insensatez:
 no es crimen si se medita
 con un estilo inhumano,
 porque al fin para un villano
 cualquiera cosa es bendita.
 CAR. O estais á lo que comprendo
 muy herido, ó sois un loco.
 DIE. Cuando mi deshonra toco
 con mucha razon me ofendo.
 CAR. Y la causa nos direis
 de ese dolor?
 DIE. Cortesano,
 si teneis algo de humano
 de saberla no trateis.
 Mas el rey compadecido
 de tan criminal accion,
 me ofreció su proteccion.
 CAR. El rey! Pues como ha sabido...
 DIE. Las señas de mi ofensor
 están bien aseguradas;
 lleva sus armas grabadas
 en el puñal el raptor.
 CAR. Y ese puñal...
 DIE. Oh! guardado
 existe en poder del rey;
 os dige antes que la ley
 me tiene bien escudado.
 CAR. Pero esa ley...
 DIE. Es igual;
 donde su justicia alcanza
 para igualar la balanza
 muere siempre el criminal.
 CAR. Pero reparad que es noble.
 DIE. El, deshonró mi pobreza,
 deshonor yo su nobleza
 y asi mi venganza es doble.
 El, matando mi esperanza
 cuando en el honor me hirió,
 con su porte autorizó
 mi furor y mi venganza.
 El, por entretenimiento
 llegó á profanar mi asilo;
 yo le miraré tranquilo
 lanzar el último aliento.
 Y ya que al destino plugo
 que él me enseñara el abismo
 del vicio, seré yo mismo
 su juez á un tiempo y verdugo.
 Y con toda la aversion
 que me inspira su vileza,
 á impulsos de mi fiereza
 le arrancaré el corazon.
 UGIER. (á la puerta de la cámara del rey.)
 Su magestad no dá audiencia.
 CAR. Señores, hoy los villanos
 mandan á los cortesanos,
 no hay mas que tener paciencia. (á Diego.)
 Me hace temer tu sosiego
 si te falta la esperanza,
 que á un noble no se le alcanza
 tan fácilmente, labriego.

ESCENA IV.

DIEGO, NARCISO.

DIE. Por Dios con mucha arrogancia
me ha recordado su altura;
desafia mi bravura,
grande es á fé su jactancia.
Ignora que de la afrenta
que está angustiando mi pecho,
hasta verme satisfecho
terrible ha de ser la cuenta?
Pretende ese noble ahogar
mi justo resentimiento,
recordando el nacimiento
del que me llegó á ultrajar?
Ante el honor no hay blason,
y aquel que obra con vileza,
en vano ostenta nobleza
si falta en su corazon.

(Narciso que habrá estado observando la salida de los cortesanos.)

NAR. Gracias á Dios, ya se fué;
señor, no habeis conocido
á ese noble que ha salido?

DIE. No, Narciso, por mi fé.

NAR. Pues si no mienten mis ojos
pintándome su retrato,
á pesar de su boato
le he reconocido.

DIE. Antojos
serán tuyos.

NAR. Ay! pluguiera
que nunca su cara viese,
y clavado no sintiese
en mi, su mirar de fiera.
El me recuerda, señor,
aquella noche inclemente,
en que di diente con diente
espeluznado de horror.
Aunque viviera cien siglos
y con mis cabellos canos
jugueteasen los enanos
y enredasen los vestiglos;
y al resplandor de una hoguera
viera con algarabía
danzar una compañía
de brujas en pelotera,
no hay cuidado que olvidar
pudiera yo el sobresalto
de aquella noche de asalto
que me hicieron achispar.

DIE. Justicia de Dios! y ese hombre...

NAR. Es uno de los raptores.

DIE. Por todas partes traidores?

NAR. Eso señor no os asombre;
y creed que son arteros,
que en palacio no entran bobos,
los cortesanos son lobos
con el disfraz de corderos.

DIE. Ay! Si una vez con su pista
llego por fortuna á dar,
les juro que han de temblar
al hallarse ante mi vista.
Ellos mi honor mancillaron,
rayo será mi venganza,
que tiemblen si les alcanza
pues que ellos le provocaron.
Ah! porqué no me digiste
que ese infame...

NAR. Por san Pablo,
estaba yo dado al diablo?
Quereis que muriera? ay triste!
No veis que con su mirada
siniestra me enterraria?
Dejad, por santa Maria,
que esté mi lengua clavada.
Por mas que justa encontremos
la venganza que emprendimos,
los que cobardes nacimos
cobardes siempre seremos.

DIE. Me irrita esa cobardia
mas no mi altivez quebranta,
que al par de ella, se levanta
gigante la audacia mia.
No encuentro temor en nada,
pues protegiéndome el rey
y escudándome la ley,
será mia la jornada.
Y si en pos de hacer pedazos
su existencia aborrecida,
logro á la hija de mi vida
estrechar entre mis brazos,
vengado de su torpeza
le mostrarán mis acciones,
que ni envidia sus blasones
ni respeto su nobleza. (vanse.)

ESCENA V.

MARQUESA, D. CARLOS. *Este entra por el lado opuesto que aquella.*

CAR. Dichoso quien de ese sol
puede alcanzar los destellos,
para consumirse en ellos
bendiciendo su arrebol.

MAR. Siempre tan fino y galante
y con las damas rendido:
vamos, sois del rey Cupido
el soldado mas constante.
Todas os quitan la calma.

CAR. Todas, señora, no á fé;
una hay sin embargo...

MAR. Qué?

CAR. Está idolatrando el alma.
La sigo con loco empeño,
y al mirarla en mi camino,
se oscurece mi destino,
pues siempre la hallo con ceño.

MAR. Tan ingrata es la beldad
con quien tan ciego la adora?

CAR. Tan ingrata, si señora.

MAR. Eso es una crueldad.

Qué dama no se envanece
con subyugar á un amante
como vos, fino y galante?
Una ficcion me parece.

CAR. Ah, señora! no es ficcion;
es sentimiento invariable,
que á mi esfuerzo no le es dable
lanzarle del corazon.

MAR. Y sabe esa dama...?

CAR. Oh!

Creo que mi amor comprende,
y todo mi afan entiende.

MAR. Mas vos la digisteis....

CAR. No!

MAR. Pues entonces no os extraño
que esa dama que acusais....

CAR. Ah, Marquesa! Conspirais tan solamente en mi daño. Temí arrostrar sus enojos, y por no causarla agravios, no la digeron mis labios lo que espresaban mis ojos.

MAR. Y ella no vió en sus reflejos que robaba vuestra calma?

CAR. Lo ignoro.

MAR. Porque del alma son los ojos los espejos.

CAR. Tal vez este fuego ardiente que mi corazon devora, es á su vista, señora, ridículo, impertinente.

MAR. Tan esquiva se mostró con vos?

CAR. Su amabilidad, no es, Marquesa, á la verdad lo que me soñaba yo. Si la miro sonreír me envanece su sonrisa, mas nunca en ella divisa un consuelo mi sufrir.

MAR. No teneis razon si ingrata la llamais, pues que su boca se sonrie.

CAR. Me provoca y en pos su rigor me mata.

MAR. Y esa beldad dónde está? (con intencion.)

CAR. Tal vez muy cerca de mi.

MAR. Por qué me mirais así?

CAR. Porque os amo.

MAR. Ja, ja, ja!

CAR. Cómo! Os reis?

MAR. Qué hacer?

Quién no se rie al miraros? Estais para retrataros ridículo á mi entender.

CAR. (La vergüenza me enagena.)

MAR. Os parais? Qué boberia! Proseguid con bizzarria en vuestra amorosa escena. Yo de sorpresa me pasmo al ver que de vuestra llama era, sin saber, la dama.

CAR. Suspended vuestro sarcasmo. No corteis de un golpe asi mi esperanza y mi consuelo; si comprendeis mi desvelo tened mas piedad de mi.

MAR. Quien hablarme de amor osa, para evitarse esta afrenta debiera tener en cuenta que galantea á una esposa.

CAR. Y si esa esposa constante, tipo de fidelidad, es presa de una maldad indigna de su fé amante? Y á la vil traicion estraña del esposo que adoró, todo su amor le entregó y él entretanto la engaña? No podrá, en venganza justa, dar á otro su corazon?

MAR. Siempre será su pasion tan odiosa como injusta. Mas, qué me quereis decir hablando de una maldad

que nunca existió?

CAR. Escuchad: ya no es tiempo de finjir. Señora, existe una trama cuya sola aclaracion, mancha la reputacion de una esclarecida dama. En esa trama infernal hay un labriego y un Rey, un noble que holló la ley y quizá lo pase mal.

El delito está probado pues hay un puñal del noble, que como una prueba doble le tiene el Rey muy guardado.

Y acaso en este momento se le siguen las pisadas, pues por tan malas jugadas está el Rey muy descontento.

Ese puñal fué arrancado en una especie de riña, por el padre de la niña en el rapto mencionado.

Y quiso la suerte impia que el Rey á caza salió, y estraviado, pidió posada en esa alqueria, donde para eterno mal del infeliz cortesano, se aclaró todo el arcano reconociendo el puñal.

MAR. Decid, y el noble....

CAR. En buscarle

no tardarán mucho á fé, y ya veis, Marquesa, que es muy fácil encontrarle.

Señora, y visto despacio son muy mezquinas pasiones, manchar asi sus blasones deshonorándose en palacio.

El Rey, no hay duda, á elejir irá un castigo ejemplar, la nobleza vá á gozar y la plebe vá á reir.

Que siempre nos complacemos, y esto es una triste gracia, en reir de la desgracia si en el prójimo la vemos.

MAR. Pero esa afrenta horrorosa (muy agitada.) sobre quién pesa? Decid.

CAR. Por Dios, Marquesa, advertid (con sarcasmo.) que estais por demas furiosa. Con vuestra amabilidad se hermana mal el furor. (Ahora me vengo.)

MAR. ;Oh dolor! Tranquila estoy, continuad. (finjiendo calma.)

CAR. Oh! Vuestro rostro sereno causa admiracion y pasmo.

MAR. (Me hace daño su sarcasmo.)

CAR. (Cómo se traga el veneno!) Os digo que hay una trama cuya sola aclaracion mancha la reputacion de una esclarecida dama. Que en esa trama infernal hay un labriego y un Rey, un noble que holló la ley y quizá lo pase mal.

Ahora bien: el Soberano
es nuestro Rey y señor;
al que han quitado el honor
es un cualquiera, un villano.
Es un maldito labriego
que anda por esos salones,
echando mil maldiciones
y ardiendo en infernal fuego.
Vos le debisteis de ver.

MAR. Proseguid. (No puedo mas:
me asesina el padecer.)

CAR. El tercero, que es el hombre
principal de nuestra historia,
se llama.... ¡Fatal memoria!
Se me ha olvidado su nombre.

(viendo aparecer á don Luis.)

Miradle: allí le teneis;
á punto llega.

MAR. ¡Mi esposo!

CAR. Marquesa, soy muy dichoso
en ponerme á vuestros pies.

ESCENA VI.

La MARQUESA, DON LUIS.

MAR. Cuánto daño me ha causado
con esa declaracion;
si es venganza, el corazon
entero me ha traspasado.

LUIS. (adelantándose.)

Beso vuestros pies, Marquesa;
dando hoy al placer espacio
vengo á veros en palacio.

Mas, qué agitacion es esa? (observándola.)

MAR. Vuestra venida.

LUIS. Señora,
eso me hace muy dichoso;
bien sabeis que vuestro esposo
siempre constante os adora.

MAR. Muy á tiempo habeis venido;
ansiaba veros.

LUIS. A fé
que cómo espresar no sé
cuanto estoy agradecido.
Esa tambien mi ansiedad
es, señora, mas constante,
pues mas que esposo, un amante
parezco.

MAR. (Qué falsedad!)

Venis hoy á mi presencia
muy galante en demasia.

LUIS. Quién, decid, no lo estaria
despues de tan larga ausencia?

Quién, señora, no concibe
lo bello que es ver al sol?

¡Es tan grato su arrebol
para quien amando vive!

MAR. Cuando á ese sol oscurece

la sombra del desengaño,
la luz que dá, causa daño
y su fulgor se aborrece.

Que á veces son sus destellos
para el alma tan odiosos,
que al brillar esplendorosos
encuentra la muerte en ellos.

LUIS. Me causais admiracion
con vuestro language extraño.

MAR. Es que tengo un desengaño (con amargura.)
clavado en el corazon.

Es que tambien me alumbró
ese sol de eterna dicha,
y luego por mi desdicha
en mi cielo se eclipsó.

Es que hoy le veo brillar
con tan siniestro fulgor,
que su brillo me dá horror
y ante él me siento abrasar.

Sobre un fondo encapotado
sombrio se me presenta,
y en vano alumbrarme intenta;
ya para mi se ha eclipsado.

LUIS. Pero esa descompostura
y ese siniestro dolor....

MAR. Rebelan bien el horror
de vuestra traicion impura.

Mirad en mi padecer
la huella fija, insondable,
de esa conducta insaciable
de libertino placer.

Mirad la afrenta injuriosa
que brotar hace mi lloro:

este llanto es el desdoro
que echais sobre vuestra esposa.

Otros á quien ultrajasteis,
como yo derramarán
llanto, y os maldecirán
porque su bien les robasteis?

Como á villano raptor
os perseguirá la ley,
vuestro puñal tiene el rey.

LUIS. ¡Mi puñal?

MAR. Os dá pavor
esa idea solamente?

Huid, si en algo apreciáis
esa vida que arrastrais
denigrada torpemente.

Huid; ya vuestros blasones
sin hidalguia quedaron,
en vano los respetaron
cincuenta generaciones.

El vulgo atrevido y necio
que por denigrar se afana,
vendrá á escupirles mañana
con sarcasmo y con desprecio.
Vendrá, y con ímpetu ardiente
rotos del honor los lazos,
despues de hacerlos pedazos
os los tirará á la frente.

LUIS. Por favor!

MAR. ¡Oh cuanta mengua!
¡Cuanta humillacion!

LUIS. ¡Piedad!

MAR. Al punto de aqui marchad.

LUIS. Oidme.

MAR. Sellad la lengua.

Para vuestro proceder
ya no hay disculpa bastante,
salios de aqui al instante,
no hay momento que perder.

LUIS. Mas no será antes, señora,
ya que esa trama sabeis,
de que un momento escucheis
mi voz.

MAR. No, que es muy traidora.

Esa voz me engañaria
con una perfidia doble,
ya en vez del instinto noble
es la voz de la falsia.

Me recuerda la traicion
y escita mas mis agravios,
porque al hablar con los labios
mentis con el corazon.

En vano buscáis ternura,
no cabe en mi pecho ya,
porque rebotando está
desengaños y amargura.

Las fuentes del sentimiento
ya en mi pecho se agotaron,
y á sus perlas reemplazaron
túrbias aguas de tormento.

Ante el padecer sombrío
que el porvenir me presenta,
solo alcanzo á ver la afrenta
que vos me causais, impio.

LUIS. Os veo, noble marquesa,
con escitacion tan loca,
que consolaros me toca
y calmaros me interesa.

Es cierto que he cometido
una accion que nos infama,
mas de esta funesta trama
estoy yo mismo aturdido.

Como comprender no sé
qué es esto que por mi pasa:
tambien mi frente se abrasa;
decis que huya, no podré.

No podré, por donde quiera
que me arroje mi destino,
siempre hallaré en mi camino
vuestra mirada severa.

Fija como ahora estará
clavada en mi con encono,
diciendo: «no te perdono,»
señora, y me aterrará.

Ah! no; prefiero la muerte.

MAR. Pero muerte deshonrosa
que infamará á vuestra esposa.

LUIS. No, marquesa, de esa suerte.
Si con mi fuga consigo
menos deshonra, me iré;
lo que me digais haré;
á obedeceros me obligo.

MAR. Pues huid, pronto, marchad.
Lejos, muy lejos de aqui,
y no os acordeis de mi.

LUIS. Marquesa, por caridad;
en tan triste desventura
no hay para mi, ni un adios?

MAR. Ya, don Luis, entre los dos
no debe existir ternura.
No conoceis por los cielos,
que al implorar mi amistad,
con siniestra crueldad
me hacen padecer los celos?

LUIS. ¡Oh! recuerdo maldecido.

MAR. El nos decreta la ausencia.

LUIS. Señora, adios y clemencia.

(al tiempo de salir se halla de frente á Diego, á cuya presencia retrocede don Luis acobardado. Al mismo tiempo el rey aparece á la puerta de su cámara.)

DIE. Atrás!!!

MAR. El rey!!!

LUIS. Soy perdido.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

El REY, DIEGO.

REY. Ya puede cesar la pena
que comprimia tu pecho,
pues ha querido el destino
en sus ocultos misterios,
mostrarnos el delincuente.

DIE. Despues de dar al Eterno
gracias por tanta ventura,
á vos Señor, á quien debo
toda la dicha que gozo
en este feliz momento,
justo es tribute tambien
la gratitud de mi pecho.
Vos que la imágen de Dios
sois en la tierra, portento
de virtud y de justicia
habeis sido; el dolor fiero
de un triste padre calmasteis,
le volvisteis el consuelo,
é hicisteis que renaciera
en su contristado seno
la ya perdida alegria:
el atributo supremo
egercisteis de hacer bien,
rico don que pone el cielo
en la mano de los reyes
para que rijan sus pueblos:
rocio que al desvalido
consuela en su abatimiento,
pues siempre encuentra en el
de la justicia el espejo.
Yo que el astro de mi dicha
lloré perdido un momento;
yo, que al faltarme su luz
quedé desolado y ciego,
puedo mejor que ninguno
comprender ese portento
de bondad, y daros gracias
por el alto bien que os debo.

REY. Cuando la casualidad
me arrojó bajo tu techo,
y te miré escarnecido
por el vil comportamiento
de ese noble, te ofreci,
conmovido de tu duelo,
y dolido de tu ultraje,
justicia; mis ojos vieron
despojado de las galas
del brillo y esplendor régio,
lo que tratan de ocultarme
con mas suspicaz talento,
la verdad: que envuelta siempre
entre una nube de incienso
de adulacion y lisonja,
nunca desnuda la veo.
El crimen que descubrí
reclamaba un escarmiento,
y de efectuarle ya
acaso no está muy lejos
el instante; tú entre tanto

puedes tener el consuelo
de estrechar entre tus brazos
á la hija que te he devuelto,
libre de toda deshonra.

DIE. ¡Ah Señor! el bien que os debo
es entre todos los bienes
el mas grande, el mas inmenso.
Mi gratitud será eterna.

REY. De tu honradez digno premio
es para un rey, que ella es prenda,
por escasa, de gran precio;
yo á mi vez quiero mostrarte
la deferencia que tengo
contigo, dándote pruebas
de interés, porque te creo
digno de ellas.

DIE. ¡Ah Señor!
despues de lo que habeis hecho,
volviéndome una ventura
que lloré; perdida, creo
que la prueba mas honrosa
fuera para mi teneros
que librar de algun peligro
con el muro de mi cuerpo.
Y no juzgueis que mis labios
torpe adulacion fingiendo,
cambien delante de vos
del alma los sentimientos,
no: que con orgullo noble
á recordaros me atrevo,
que quien de honrado blasona
ni adula, ni siente miedo.

REY. Alcanzo la abnegacion
que encierran tus sentimientos.
(*alargándole una llave.*)

Toma esa llave; con ella
amparado del misterio,
puedes velar de continuo
la vigilancia del preso;
abierta en esa pared
hay una puerta; oye atento.
Negocios de alto interes
á abandonar este puesto
me obligan, aunque muy corto
será de mi ausencia el tiempo.
Yo desconfio de todos,
solamente de ti espero
constancia, y fidelidad,
porque te vá mucho en ello.
Detrás de esa oculta puerta
hay dos distintos senderos;
el que está á mano derecha
dá á su prision, el izquierdo
sale al campo; sin ser visto
puedes tu vigilar diestro,
por si existe alguna trama
que fustre nuestros deseos.
Guardia activo de tu honor,
que no descanses espero
hasta mirarle vengado.

DIE. Id descuidado, que en eso
tan vigilante andaré
que no habrá quien de mi acecho
pueda escapar, aunque sea
en la traicion muy maestro.

REY. Pues quédate adios, y observa
todo cuanto dicho llevo,
que á ti mas que á nadie importa.

DIE. Seguro estad de mi celo.

ESCENA II.

DIEGO.

Oh' si con seguridad
podeis de mi confiaros;
no hay miedo, no, que á engañarosos
llegué yo con falsedad:
la dulce tranquilidad
que he recobrado por vos,
no puede llevar en pos
sino gratitud inmensa,
y el recuerdo de mi ofensa
está muy vivo, por Dios.
Venganza! dulce placer
que mi corazón inflama,
voraz, incesante llama
que siento en mi pecho arder,
si cumplida vas á ser
no te asusten los recelos,
tiende gigante tus vuelos
y muestra con tu fiereza,
que á quien obra con vileza
no le consienten los cielos.
Para que guarde mi honor
esta llave me dió el rey;
tengo en mi abono la ley
y eso me infunde valor.
Aqui do tanto traidor
brotando esta cada dia,
debo todo el plan fiar
en la vigilancia mia;
pues bien, voy á vigilar
para estorbar la falsia. (*vase.*)

ESCENA III.

ELISA, NARCISO.

ELI. (*mirando salir á su padre.*)

No le observas, di, Narciso,
en continua agitacion.

NAR. Señora, por compasion
que habeis mas bajo es preciso.

ELI. Que nuevo temor asalta
en este instante tu pecho?

NAR. Estoy al miedo tan hecho
que parece me hace falta.

ELI. Aléjale de tu mente
y dá ancha entrada al placer.

NAR. Señora, no puede ser
si he de hablaros francamente.

ELI. Cuando debieras estar
alegre por mi ventura...

NAR. Si soy una criatura
que solo acierto á temblar?

ELI. Me harás perder la paciencia
con tu continuo temblor.

NAR. A falta de otro temor
me dá temor mi presencia.

ELI. Cuando estás en compania
de mi padre, tiembas tanto?

NAR. Sino ocultara mi espanto
entonces me mataria.

ELI. Hoy que negra pesadumbre
no debe agitarnos ya...

NAR. Narciso, temblando está
por no perder la costumbre.

ELI. Rebelá mucha bajeza
cobardia tan estraña.

NAR. Pues no me coje esa maña

mas que de pies á cabeza.

ELI. Aléjala, y cuéntame todo lo que has observado.

NAR. Me encuentro tan asustado que yo no sé si podré.

ELI. A ese noble delincuente preso por dicha miramos?

NAR. Lo malo es que nos dejamos libre y tranquila su gente.

ELI. Como, Narciso, me espanta, acaso andan por aquí?

NAR. Qué si andan? Mucho que si, y con atrevida planta.

ELI. Entonces este lugar dejar corriendo debemos.

NAR. Y tal vez así logremos que deje yo de temblar.

ELI. De todos esos arcanos mi padre enterado está?

NAR. Demasiado sabe ya quién son esos cortesanos.

ELI. Temo que alguna traicion le quieran viles armar...

NAR. Pues no hay mucho que estrañar de su infame corazon

Gente ducha en las maldades alguna trama colijo,

y mas desde que les dijo unas pocas de verdades.

ELI. Cómo! con ellos habló esponiendo su existencia?

NAR. Con frenética demencia á gritos les insultó.

ELI. Y ellos acaso abusaron de su posicion, ¡cruels!

NAR. Perros, judios, infieles les llamó y se acobardaron.

No sabeis todo el cariño de que su pecho es capaz;

se las echaba á la faz con la claridad de un niño.

ELI. Y dices que el Rey aquí con él en este aposento...

NAR. Se encontraba hace un momento; justamente yo le vi.

ELI. Y con recelosa planta recorria estos salones?

NAR. Acaso tema traiciones porque esta gente no es santa.

ELI. Yo temerosa me encuentro que le armen una maldad.

NAR. Si he de deciros verdad tampoco estoy en mi centro.

ELI. (viendo salir á la Marquesa.) La Marquesa viene allí

oh! que señora tan bella!

NAR. No confieis tanto en ella ved que finjen mucho aquí. (vase.)

ESCENA IV.

La MARQUESA, ELISA.

ELI. Vos á quien he conocido como á un tipo de bondad, decidme, do está mi padre?

MAR. Niña hermosa, yo tu afan no puedo en este momento como deseo calmar, mas nada temas, recobra

la dulce tranquilidad: tu padre ningun peligro en el sitio donde está puede correr.

ELI. ¡Ay marquesa!

vos acaso no alcanzais con el afan que deseo estos lugares dejar. Cuando mi alma juvenil ansiando felicidad me pinta la verde alfombra del campo, y el susurrar de la cristalina fuente, que en armonioso compás descende por la cascada regando una inmensidad de florecillas silvestres que mas encanto la dan: y veo nacer el sol con su inmenso manantial de luz, de encanto y de gloria, y á su presencia brotar con nueva gala las flores mecidas por el compás que van formando las auras entre el ramage al pasar. Creedme, me causa horror este brillo mundanal, estos falsos oropeles, esta necia vanidad que se alberga en los palacios.

Perdonadme si á enfadar os llego, son mis ideas; bien sé que os parecerán muy ridículas tal vez, á vos que criada estais con el deslumbrante brillo que inventó la sociedad; mas qué quereis, una flor que en su cáliz virginal limpia gota de rocío ostenta, me encanta mas que estos objetos dorados; ellos diciéndome están que aquí es cálculo el vivir y allí sensacion no mas.

MAR. (Pláceme oir su language de un encanto singular.)

Cándida jóven, que vives en ilusion celestial, sin que la ambicion tu sueño dorado venga á turbar. Paloma blanca que fiero te arrebató el gabilan, y entre sus garras sangrientas quiso tu pureza ajar; tú no despiertas mis celos, ni con rencoroso afan puedo mirarte; tú tienes toda la afabilidad de un angel, y en tus miradas hay oculto un talisman que arrebatá; qué placer me has hecho experimentar, pintándome una existencia en que no pensé jamás, y ahora conocer deseo; bastante vi por mi mal que este mundo solo lleva

por lema la falsedad,
y que siempre en sus alhagos
deja entrever un puñal,
que claba en el corazón
con refinada maldad;
bastante lo ví, un esposo...

ELI. Por Dios, señora, callad,
no llameis ese recuerdo
para las dos tan fatal.

MAR. Muy fatal, si; deshonrada
no me es posible habitar
en un mundo que se ríe
cuando lloran los demás;
mis blasones se mancharon,
mi alma desolada está,
y necesita otro ambiente
para poder respirar.

ELI. Pues bien, Señora, ese ambiente
podeis tenerle; la paz,
la alegría y el descanso
por do quier os cercarán,
si en grata melancolía
os complace meditar,
las cuitas de vuestro seno
la luna mitigará;
la vereis en la laguna
su tibia luz reflejar,
virgen que recorre el cielo
velada en blanco cendal.
Si en alegre animación
quereis las penas lanzar,
sus luces os dará el sol,
las mariposas vendrán
á jugar con las flores,
sus tallos á balanzar
vendrán las auras errantes,
los pájaros cantarán
en la alameda, y sus ecos
el valle repetirá.
Naturaleza sus galas
inmensas al desplegar,
puede convertir la pena
en grata felicidad.

MAR. ¡Ah! Si puede; esas palabras
que te acabo de escuchar,
han hecho latir mi seno
cual si la tranquilidad
viniera á albergarse en él.

ELI. Feliz yo, si con mi afán
alcanzo á daros ventura;
señora, simpatizais
conmigo en inclinaciones,
y yo quisiera... mas ¡ah!
que es diversa nuestra cuna.

MAR. No me recuerdes jamás
una grandeza que afrenta;
que puedes de mi anhelar?

ELI. Es mucho.

MAR. No importa nada,
dimelo.

ELI. Vuestra amistad.

MAR. Tan orgullosa la admito
cual tú no puedes juzgar,
que ella me hará muy dichosa.

ELI. Marquesa, ¡cuanta bondad!

MAR. Ese dictado esplendente
le puedes tú reemplazar
con otro mas tierno y dulce,
me comprendes?

ELI. Y con cuál?

MAR. Con el de hermana.

ELI. Señora!

MAR. Me enfado si no haces tal.

ELI. ¡Ah señora! Esa ventura
no pude nunca soñar,
os la pagaré en cariño.
(aparece D. Carlos por el fondo.)

MAR. Oh! nos vienen á estorbar;
retírate; tú tan pura
sin duda padecerás
al observar la doblez
que usa esta gente falaz.

ELI. Que hemos jurado querernos
no olvideis nunca.

MAR. Jamás. (vase Elisa.)

ESCENA V.

La MARQUESA, D. CARLOS, que habrá quedado como
sobrecogido al ver salir á Elisa.

MAR. Aquí está quién en mi seno
de su criminal falsía
derramó todo el veneno.

CAR. (Veamos.) Señora mía...

MAR. Estais de agitación lleno;
cómo se presenta así
un astuto cortesano?

CAR. No sé qué notais en mí?
(Si no finjo, me perdi.)

MAR. (Ignora que sé el arcano.)

CAR. Acaso venga perdido
mi amante seno á asaltar
un recuerdo apetecido,
porque quien bien ha querido
muy tarde llega á olvidar.
Pero hoy que en honda tristura
os considero sumida,
es tan grande mi amargura,
que por daros la ventura
espusera yo mi vida.

MAR. Ese afecto que mostrais
quedará recompensado.

CAR. Marquesa! no me engaÑais?

MAR. De mi promesa dudais?
Sois á fé desconfiado.

CAR. Ah, señora! no es extraño
que el que una vez vió perdido
su bien, para eterno daño
llegue á recelar engaño
de ese mismo bien querido.

MAR. Siempre con galanteria;
mas ya que estais enterado
en la desventura mia,
recibireis alegría
cuando sepais que ha curado.

CAR. Dudarlo fuera locura.

MAR. Vos tendreis en la memoria
la insoportable amargura
que acibaró mi ventura
al relatarme una historia.
Con interés amoroso
supisteis ser el primero
en contarme un lance odioso;
por vuestro celo oficioso
os doy gracias, caballero.
Hoy con mas tranquilidad
y en esa historia enterada,
para que estemos en paz

vuestra gran sinceridad
 pretendo dejar pagada.
 Veo que no me entendeis
 pues me ois con estrañeza.
 CAR. No sé qué decir quereis.
 MAR. Os suplico que escucheis
 y lo sabreis con presteza.
 Al revelarme la trama
 debisteis decirme vos,
 que el que ultrajaba una dama
 y ahogaba de honor la llama
 no era un noble, sino dos.
 Callásteis, que el uno obraba
 á impulsos de un loco amor,
 y que el otro le incitaba,
 y mas sagaz conspiraba
 tan solo contra su honor.
 Callásteis, no sé por qué,
 al personage tercero,
 si obrásteis con buena fé
 eso es lo que yo no sé,
 ni en ello pararme quiero.
 Mas ahora que ha parecido
 ese sér tan misterioso,
 consultaros he querido;
 qué opinais del que ha vendido
 al amigo y al esposo?
 CAR. Que si la sospecha es cierta
 no obró con mucha hidalguia;
 mas si acaso fuese incierta,
 es decision inesperta
 acusarle de falsia:
 porque es fácil engañarse
 si se juzga en el momento,
 siendo espuesto aventurarse,
 y de apariencias llevarse
 por mas que ayude el talento.
 Que por mas sagacidad
 que se presuma tener...
 es grande temeridad...
 MAR. Ocultarnos la verdad
 cuando se llega á saber.
 CAR. Pero esa verdad aislada,
 suponiendo que asi fuera,
 no serviria de nada;
 que acusacion no probada
 ante la ley, es quimera.
 Y descubierta la trama
 que le urden sus enemigos....
 MAR. De accion que tanto le infama,
 para probársela, llama
 esa ley á los testigos.
 CAR. Pueden ser falsos.
 MAR. No tal.
 Y ahora conocer me haceis
 que debe saberos mal
 que parezca el criminal
 puesto que le defendeis.
 CAR. No es defenderle, señora,
 decir que acaso inocente
 pudiera ser.
 MAR. En buen hora.
 Mas ved, que ya no se ignora
 quién es ese delincuente;
 qué teneis?
 CAR. Es la emocion
 que me causa ese relato.
 MAR. ¡Prodigiosa sensacion!
 Del personage en cuestion

me pareceis un retrato.
 CAR. Cómo, señora! juzgais?...
 MAR. El espanto se retrata
 en vuestro rostro; temblais?
 Por qué tan confuso estais
 si aqui de vos no se trata?
 CAR. Es verdad, pero queria
 hoy mas que nunca rendido
 mostraros lo que sufria...
 quiero decir, mi alegria...
 MAR. Proseguid.
 CAR. (Estoy perdido.)
 MAR. Vos, quien no conoce igual
 en lo cortés y galante,
 titubeais ahora?
 CAR. Formal,
 que estoy, Marquesa, fatal.
 MAR. (Le hace traicion su semblante.)
 CAR. (No se me ocurre una idea
 en este fatal momento.)
 MAR. Se apagó de amor la tea?
 CAR. Ah, señora! no tal sea
 jamás vuestro pensamiento.
 MAR. El relato de la historia
 trastornó vuestro sentido?
 Vino á empañar vuestra gloria?
 Pues grabadle en la memoria,
 no le deis nunca al olvido.
 Y bendecid la ocasion
 de estar aqui en este instante,
 pues que vuestra agitacion
 viene á calmar...
 CAR. ¡Maldicion!
 MAR. Esta niña interesante.

ESCENA VI.

DON CARLOS, la MARQUESA, ELISA reconociendo al
 cortesano.

ELI. ¡Marquesa!
 MAR. Querida mia,
 ese sobresalto aleja.
 Y vos que tanto apreciáis
 las galas de la belleza,
 cómo es que al ver á esta jóven
 vuestro semblante se altera?
 Llegad; es la flor del campo
 que al brotar con gentileza,
 la quisieron arrancar
 de su encantada pradera.
 Qué es esto? Volveis la vista?
 Qué tiene vuestra presencia
 de siniestro, que al miraros
 esta flor se agita y tiembla?
 Será tal vez que con manos
 atrevidas y blasfemas,
 fuéseis vos quien le arrancase
 con sacrilega torpeza?
 Vos, que fingiendo virtud,
 lo mas noble de la tierra
 profanábais, derramando
 en la sangre de mis venas
 la ponzoña matadora
 de los celos y la afrenta?
 Decid que no; presentaos
 con descarada franqueza
 á desmentirme, exclamando
 que nunca esos ojos vieran
 á esta jóven; ensayad

el recurso que os queda de la falsa diplomacia cubriéndoos con la careta? Pero no, que ya es muy tarde, y fuera doble baja, despues de haber sucumbido finjir otra vez.

CAR. Marquesa, no os negaré que conozco á esa jóven hechicera, mas permitidme que os diga que esa no es bastante prueba.

ELI. En vano finjis, señor; vuestro semblante se altera demasiado, desmintiendo lo que dice vuestra lengua.

CAR. (Es verdad.)

MAR. Ya de esta causa abandonad la defensa, porque es inutil, y el Rey....

CAR. Qué es lo que decis, Marquesa, lo sabe el Rey?

MAR. No lo sabe; mas no tardará tal nueva en llegar á su noticia.

ELI. Vuestra traicion manifiesta vá á ser, y entonces....

CAR. Callad!

MAR. Vos, con sacrilega lengua no callásteis ante mi. Con refinada torpeza herísteis mi corazon y amargásteis mi existencia.

Os acordais del sarcasmo que al relatar la historieta vertian vuestras palabras?

Y la compasion blasfema conque una accion lamentábais que tal vez de vos naciera?

No recordais la ironia de todas vuestras sentencias?

Pues bien: os llegó la hora: ya mi venganza se acerca, y el Rey sabrá vuestro crimen.

CAR. Os repito que no hay pruebas.

MAR. Pruebas decis? No lo son vuestro asombro, vuestra afrenta al ver delante de vos á esta jóven? No creyera que tanta alucinacion cupiese en vuestra cabeza.

Finjid, señor cortesano, cuanto os plazca; con risueña y con lisonjera faz presentaos donde quiera.

Volved á decir que es falso lo que hace un momento vieran nuestros ojos; que vos nunca concebisteis tal afrenta,

que no implorásteis piedad siendo todo una quimera que nos forjamos; seguid con la impasible careta de la ficcion, nada importa,

mi victoria mas completa será, cuanto vos seais mas traidor en la contienda.

Entre tanto no olvidéis que el Rey sabrá do se encuentra

el personaje tercero de esa historia, y será fuerza que le castigue la ley.

Dispensadme esta franqueza, porque me duele en el alma que un lance tal os cojera de improviso, y enfermáseis al recibir la sorpresa. (*vanse.*)

ESCENA VII.

DON CARLOS.

Qué odiosa fatalidad desconcierta asi mis planes?

Cuando yo mas descuidado ni aun pensaba en ese lance, me encuentro que la Marquesa esa trama infernal sabe?

Tal vez de acuerdo con ella ese labriego se halle, y entonces yo soy perdido.

Para salir de este lance, si yo pudiera enredarlo de modo que solo pague su esposo; mas para cálculos no está mi mente, otro aire yo respirar necesito,

y si vá malo, quién sabe! tal vez tenga que emigrar.

DIE. (*que habrá oido sus últimas palabras.*) Si es que no os cojen antes.

ESCENA VIII.

DON CARLOS, DIEGO.

CAR. Quién me escuchaba?

DIE. Soy yo.

CAR. Atrevido anda el villano.

DIE. Es que con mi audacia gano.

CAR. Abridme paso.

DIE. Eso no.

CAR. Con qué derecho venis á impedirme la salida?

Abrid paso por mi vida.

DIE. Os digo que no salis.

CAR. Venis á irritar mi enojo y eso es mucha terquedad;

decid, con qué autoridad, por qué razon...

DIE. Por antojo.

CAR. Por la fé de caballero que si la vida apreciáis...

DIE. En vano me amenazais finjendo un arrojio fiero.

Aqui no estais asaltando de un padre la habitacion,

solo, con vuestra traicion os veo ante mi temblando.

Y en vano intentais alarde hacer de osado y valiente,

que el que obra villanamente como vos, siempre es cobarde.

En mal hora habeis venido á este alcázar soberano.

CAR. O me abres paso, villano, ó por quien soy que tendido vas á quedar sin tardanza.

(*cuando vá á herirle aparecen por la derecha la Marquesa y Elisa, y por el fondo el Rey casi al mismo tiempo.*)

MAR. No osareis contra la ley.
 CAR. (con sorpresa.) Cielos la Marquesa, el rey!!
 (aterrado.)
 MAR. (al rey.) Señor, justicia.
 DIE. (id.) Venganza!

ESCENA ULTIMA.

El REY, DON CARLOS, la MARQUESA, ELISA y DIEGO.

REY. Lo que están viendo los ojos
 casi el pensamiento duda;
 vos con la espada desnuda
 estar debiendo de hinojos?
 De tanta audacia el motivo
 comprender quiero.

DIE. Señor,
 ese es quien manchó mi honor.

REY. Gran desengaño recibo;
 conque vos...

MAR. Con torpe mengua
 hizo traicion á mi esposo;
 le acompañó el alevoso
 y en pos le ultrajó su lengua.
 Venganza pido tambien
 pues de él estoy ofendida.

REY. Si, la tendreis por mi vida;
 señor cortesano, bien.
 Y despues de tal accion
 con el acero...

DIE. Intentaba
 salir, y me amenazaba
 buscando su salvacion.
 En justo enojo encendido
 yo señor le detenía,
 y cuando á herirme venía
 vos se lo habeis impedido.

REY. Pues pude con mi presencia
 libraros la vida á vos,
 justo es que decrete en pos
 de mi enojo la sentencia.
 Nobles que empañan así
 mi decoro, y sus blasones,
 saldrán de mis posesiones
 que no les quiero yo aquí.
 Saldreis los dos prisioneros
 y á mis reinos no volvais,
 hasta tanto que aprendais
 á saber ser caballeros.
 Que aunque vuestro orgullo doble,
 con un porte tan menguado
 los dos me habeis enseñado
 lo que hay de un plebeyo á un noble.

(retiran de la escena al cortesano.)

(al labriego.) Tú que con franca honradez
 en lance tal te has portado,
 de hoy mas podrás á mi lado
 pasar feliz tu vegez.

Que aunque te faltan blasones
 y nobleza deslumbrante,
 honrado estás lo bastante
 tan solo con tus acciones.

DIE. No merezco tanto honor,
 y dispensad si no acepto,
 que no puedo en mi concepto
 existir aquí, señor.
 El aire que aquí se aspira
 al trastornar la cabeza,
 ayenta toda franqueza
 predispone á la mentira.

Y no pudiera vivir
 yo aquí nunca con sosiego,
 dejar, pues, que este labriego
 pueda en su choza morir.
 MAR. Tambien, señor, á mi vez,
 yo que toqué un desengaño,
 aunque parezca en mi daño
 pedirlos quiero merced.
 Es tanta la simpatia
 que con esta niña me une,
 que entre las dos se reúne
 la mas estrecha armonia,
 Diéronme en ella los cielos,
 aunque causa de mi mal,
 puro afecto fraternal
 y cariño en vez de celos.
 Necesita el corazon
 para el negro mal que encierra,
 palpitar en otra tierra
 do no haya tanta ficcion.
 Donde la naturaleza
 ostenta pura sus galas,
 donde el céfiro sus alas
 despliega con ligereza;
 donde murmura el ambiente
 y goza el alma en su encanto,
 de las aves con el canto
 y el dulce son de la fuente;
 donde se mecen las flores
 derramando su ambrosia,
 y en pos de un sol de alegria
 brilla una luna de amores.
 Donde el negro desconsuelo
 que un pensamiento encierra,
 finja en la paz de esa tierra
 todo el encanto de un cielo.
 Así tal vez de un agrabio
 dichosa pueda olvidarme;
 señor, no quiera negarme
 este favor, vuestro labio.

REY. Id felices á morar
 en esa tierra bendita,
 do vuestra doliente cuita
 podais, Marquesa, olvidar.
 Id, felices en buen hora,
 y que esa familia en vos
 contemple despues de Dios
 á su egida protectora.
 Un porvenir de bonanza
 disfrutad sin inquietud,
 que no puede la virtud
 perder fortuna y privanza.

FIN.

Madrid, 1848.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

D. Canuto el estanquero.
El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, brayo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
—El doctor Capirote.
—Los dos maridos.
A un tiempo amante y hermana.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tío.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.

Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza.
Un mosquetero de Luis XIII.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.
—Las dos épocas, ó el republicano generoso.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
—La desposada.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Londres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatía.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.
Beltran el marino.

EN CINCO ACTOS.

La hermana del soldado.

Los misterios de París, primera parte.
Idem segunda parte.
Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeux.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuración de Suecia.
Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.
Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Paraguas y sombrillas.
La dama en el guarda-ropa.
Ansias matrimoniales.
Perder el tiempo.
Un error de ortografía.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiración.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.

Una actriz improvisada.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José María, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
—Un tío como otro cualquiera.
El cautivo de Lepanto.
El tío y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

Noche y día de aventuras, ó los galanes duendes.

El médico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.—La sortija del rey.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.
No hay miel sin miel.
A las máscaras en coche.
Con sangre el honor se venga.
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.
—Como á padre y como á rey.

EN CUATRO ACTOS.

—Pobreza no es vileza.
El trapero de Madrid.

El pacto con Satanás.
Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar.
El médico de su honra.

EN CINCO ACTOS.

El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.
Los dos Fóscares.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.
D. Ramiro.

NOTA. Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.